

Capítulo 1

A solas con el recuerdo

Me llamo Victoria, y mi historia versa sobre ella. Sobre su recuerdo. Sobre la magia que se despertaba en el mundo cuando me miraba. Envolviendo ese momento con su manto. Y de cómo todo se llenaba de esa intensa luz, a pesar de estar aún el amanecer sobre el regazo de la noche regocijado.

Y es que mi mente cuenta historias que en un rincón de mi memoria se han quedado grabadas. La grandeza que camina a mi lado hace casi más de cincuenta años.

Allí permanezco de pie, frente al puesto de retratos del anticuario, sosteniendo su fotografía en mis manos. Y en mi oído, un leve susurro procedente de aquel hombre que me dice no muy amablemente «que no puedo recordar algo que nunca ha pasado».

Del hombre del anticuario poco quiero acordarme. O no puedo, solo veo a una chica pelirroja, entretanto mi cansado cuerpo cierra los ojos tras una extraña sombra, mientras vuelvo hacia atrás. Deshojando las páginas del libro de mi memoria hasta colarme de nuevo, sobre los albores del año 1964.

Al parecer, en un pueblo de la costa de Finisterre, conocí a una joven. Se llamaba María y por ella es por quien quiero comenzar esta aventura convertida en relato.

Tal vez la mejor época de mi vida, en un lugar donde se nos prohibía amarnos. Pero me bastaba con su dulce sonrisa y el suave aliento que paseaba por sus labios.

Recuerdo que solía pasear todas las tardes cerca de mi casa. Que era la que estaba más cerca de la costa. Casi la única. La llanura verde y espesa le daba un color especial a su piel y el viento hacía muchas veces que su aroma llegase al quicio de mi ventana.

Era morena, tenía el pelo largo y sus ojos azules bien podrían confundirse con el mar. Jamás había visto nada igual, pero mi timidez era lo suficientemente grande como para no acercarme a ella. Tal vez pensé entonces que ella jamás sentiría lo mismo, o que no tendría mucho que ofrecerle.

Por aquel entonces las dos teníamos la misma edad, unos veintisiete años. A pesar de no conocerla, sabía bastantes cosas de ella. Por ejemplo, que en una ocasión sus padres la habían obligado a casarse. Aunque sin éxito. No os voy a negar que enterarme de aquello me dio en su día alguna que otra caprichosa esperanza. Pero quién era yo para aventajar al destino...

Era costurera y trabajaba en la ciudad. Siempre iba muy bien vestida, aunque no era de dinero, y casi siempre se la veía rodeada de amigas. Su trabajo le quitaba mucho tiempo, por lo que tan solo disfrutaba de unas horas cuando la tarde ya estaba bastante avanzada.

Yo no era muy popular. Acababa hacía unos años de terminar la carrera de Periodismo y solía escribir peque-

ños artículos para el diario local. Si ella sabía algo de mí, me era totalmente desconocido. Nadie reparó en presentarnos formalmente.

El diario de Finisterre no era gran cosa, como os podéis imaginar. Nada interesante pasaba en aquellas calles y colinas. A decir verdad, la mayor parte de mis artículos podrían confundirse con la primera parte de la historia de una necrológica, ya que solo informaba de gente que se había ahogado en el mar.

Cuando terminé la carrera, mis aspiraciones literarias eran otras. Pero procedía de una familia tan humilde que ni siquiera podía permitirse el lujo de enviarme a estudiar fuera. Siempre tuve el gran sueño de pertenecer al departamento de literatura de alguna prestigiosa universidad, y, quién sabe, escribir y publicar alguna que otra novela.

Por aquel entonces las historias que me gustaban eran bastante sumergidas en la ficción para poder ser entendidas por una España de mediados del siglo XX. Así, pronto comprendí que si mi destino era estar ocho o más horas frente al ruido repetitivo de una maquina *Olivetti*, así lo acepté. Me adentraría en el pueblo tramo a tramo. Calle por calle. Era esa mi mejor decisión. Iba en busca de mi gran historia.

Aprovechaba las pocas mañanas soleadas que nos regalaba la costa para pasear por la ciudad. Siempre acompañada de un lápiz y un cuaderno, que eran mis mejores compañeros. También aprovechaba a hacerlo cuando sabía que María estaba encerrada en el taller de costura del sótano de su casa. Un pequeño regalo de su madrastra para tenerla

alejada del núcleo familiar. Pero en parte se había acostumbrado a que su felicidad se basara en aquello.

A veces, me dejaba ver un domingo que otro por la ciudad. El trabajo como periodista no es que estuviera muy mal pagado, pero tenía la rara afición de coleccionar libros y siempre me faltaba parte del sueldo. Por ello, cuando mi redactor jefe se enteraba de que había una boda, me lo hacía saber y entonces salía con mi cámara a la puerta de cualquier iglesia donde se celebraba la ceremonia.

No conocía prácticamente a nadie y mi mayor consuelo en muchas ocasiones era el saber que el traje lo había cosido ella a mano. Era como tenerla para mí y mi objetivo.

Ganaba un poco más de dinero con aquellas fotografías que los padres y los abuelos de los novios te pagaban a precio de oro como si fueran la portada de alguna importantísima revista de moda parisina. Al menos, al final de cada mes, yo también obtenía mi recompensa.

Si me preguntáis qué interés o qué era lo que ganaba mi redactor con aquellas fotos que eran de uso particular, no sabría qué responderos. En absoluto sabía qué podría haber más transparente que una boda de dos jóvenes del pueblo. Pero a mí me sirvió para conocerla más de cerca. Casi me atrevería a decir que en una de esas ocasiones fue mi billete hacia la rotura de mi timidez.

Recuerdo que en una ocasión el teléfono de mi casa sonó con mucha fuerza. Como queriendo desquebrajarse de la pared con cada tono. Yo estaba en mi cuarto (como de costumbre) ajena a todo o tal vez esperando el momento de volverla a ver.

Respondió mi madre, que siempre se encontraba muy dispuesta. Y entonces los tonos de llamada del teléfono dieron paso a unos pequeños golpes en la madera de la puerta de mi cuarto. Mi madre me llamaba apresuradamente e incluso nerviosa. Algo que era de total extrañeza, ya que raras veces nadie me solicitaba al teléfono. Solo me dijo que era de una gran importancia.

Salí corriendo de mi cuarto como alma que lleva el diablo y me dirigí al salón. El teléfono estaba cuidadosamente colocado sobre la mesita de la lámpara de lectura y boca abajo, para que no se escucharan ruidos del exterior. Casi temí al coger aquel auricular rojo. Me temblaba la mano, y mi respiración se entrecortaba. ¡Dios mío!, cómo iba a salir de aquella.

Pero nada del otro mundo me aguardaba al otro lado del aparato. Era don Julián, que así era como se llamaba mi redactor jefe. Por el tono de su voz tenía una gran noticia que darme. Y yo estaba dispuesta a escucharla con total atención.

Al parecer se casaba la única hija del alcalde. Ya se habían enviado las invitaciones y, prácticamente o en su gran mayoría, toda la ciudad estaría allí. Habría todo tipo de gentes, desde la más baja clase social hasta la más alta. Todo un acontecimiento. Aunque para mí era simplemente una oportunidad más de ganar algo de dinero.

Me comentó que el alcalde poseía de una gran fama y no exclusivamente en nuestro pueblo. Así que me aconsejó que me comprase un vestido apropiado para la ocasión, ya que tenía, como fotógrafa, entrada libre al banquete.